

Santiago Zapata Blanco (1948-2010). *In Memoriam*

Enrique Llopis Agelán

Santiago Zapata Blanco, catedrático jubilado de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Extremadura, falleció en Badajoz el 14 de noviembre de 2010. En su espléndida página WEB, *zapata.qwair.net*, el lector puede encontrar amplia información sobre su trayectoria académica, sus ideas sobre el rumbo de la universidad española y su extensa producción científica. Sin embargo, la aportación de Santiago a la sociedad y a diversas instituciones ha sido bastante más importante de lo que puede inferirse de su bien organizada y atractiva página WEB.

Santiago Zapata, natural de Los Santos de Maimona (Badajoz), inició su Licenciatura de Economía en la Universidad Complutense de Madrid a finales de 1969. En el grupo de mañana, en la famosa entonces Aula 3.01 del Pabellón Prefabricado, coincidimos y nos conocimos enseguida. Santiago se convirtió muy pronto en un referente de nuestro curso. Nos impactó su poderosa voz en las asambleas, su sinceridad, las firmes convicciones que se vislumbraban tras sus palabras y, sobre todo, su planteamiento, poco frecuente en aquellas circunstancias, de que la participación en la lucha por las libertades y la democracia, a la que él dedicó no poco tiempo y esfuerzos dentro y fuera de los recintos universitarios, no podía ser excusa para no cumplir con nuestra obligación de estudiar y de aprovechar los recursos y la oportunidad de acceder a la formación universitaria que la sociedad española nos estaba brindando.

En el verano de 1971, una vez concluido nuestro segundo curso, un grupo de unos veinte estudiantes y varios profesores pasamos todo el mes de julio en Los Santos de Maimona realizando un trabajo de campo, financiado por el Banco de España y la Comisaría del Plan de Desarrollo, sobre la historia, la economía y la sociedad de dicho pueblo. No recuerdo exactamente cómo surgió la idea (me parece que Luis Ángel Rojo y Víctor Pérez Díaz, años atrás, habían participado en un estudio similar sobre Carrión de los Condes), pero de lo que sí estoy completamente seguro es del enorme empeño de Santiago para que ese proyecto de trabajo de campo fructificara, objetivo nada sencillo porque, entre otras cuestiones, era muy difícil encontrar financiación para unos *mocosos* que aún no habían alcanzado el ecuador de su licenciatura, y para que se realizara en su pueblo. Además, los inexpertos pesquisidores de la Complutense habríamos fracasado estrepitosamente en nuestros

cometidos si Santiago, que ya era, pese a su juventud, muy respetado en Los Santos de Maimona, no nos hubiese allanado el camino *vendiendo* y explicando el proyecto a las autoridades locales y a multitud de vecinos. Todos estamos convencidos de que sin el empuje de Santiago la *excursión extremeña* no habría tenido lugar. El verano de 1971 fue muy importante para todos los que participamos en esa singular experiencia de indagar acerca de la historia, la economía y la sociedad de un núcleo pacense: aprendimos algunas técnicas, nos asomamos por primera vez al mundo de la investigación, tuvimos que trabajar en equipos coordinados y nos ayudó a entender mejor los problemas del mundo rural.

Las atractivas clases de Gonzalo Anes, Luis Ángel Rojo y José Luis García Delgado (en las de estos dos últimos el Pensamiento Económico y la Historia Económica estaban muy presentes), así como la experiencia del trabajo en los archivos en Los Santos de Maimona, contribuyeron a que algo más de una docena de estudiantes, entre los que se hallaba Santiago Zapata, pidiéramos que se organizara una especialidad de Historia Económica y Pensamiento Económico en el segundo ciclo de la Licenciatura (cuando ingresamos en la Universidad Complutense, sólo estaba aprobado el primer ciclo del llamado Plan 1969 que entrañó una importantísima y efímera novedad: nadie podía matricularse en segundo sin haber superado todas las asignaturas del curso precedente). Lo conseguimos, pese a la reticencia, que ahora, con el paso del tiempo, consideramos más que justificada, de algunos de nuestros maestros. Ese segundo ciclo consolidó el interés de Santiago, que ya era muy marcado previamente, por el mundo académico y por la Historia Económica.

El 1 de octubre de 1975 Santiago Zapata se incorporó a la Universidad Complutense como profesor encargado de curso en el Colegio Universitario Arcos de Jalón (una porción de los estudiantes matriculados en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales fueron trasladados a unos barrancones ubicados en la Casa de Campo y pasaron a depender administrativamente del citado colegio; el motivo fundamental de tal migración radicó en el deseo de reducir el grado de concentración en el espacio de un alumnado muy proclive a testimoniar su rechazo al régimen franquista). Santiago realizó su tesis doctoral en la Complutense y permaneció en ella hasta el curso 1987-1988, en el que se trasladó a la Universidad de Extremadura porque estaba convencido de que su contribución a la sociedad podía ser más importante allí que en Madrid. Este tipo de comportamiento ético ha presidido siempre su toma de decisiones.

Santiago Zapata ha sido un ejemplar servidor público desde su primer contrato como profesor universitario hasta el final de sus días. Ha trabajado de manera infatigable en la docencia, en la investigación y en labores de gestión; además, ha sido enormemente generoso cuando se trataba de ayudar a los demás, austero, muy escrupuloso en el uso del dinero público y firme defensor del trabajo en equipo y de las asociaciones académicas. Sobre su capacidad casi ilimitada de trabajo podría

relatar numerosas anécdotas. Recuerdo, por ejemplo, que, en un Seminario que él organizó en Jarandilla de la Vera en el otoño de 1992, a las 22 horas del primer día de trabajo, tras más de 10 horas de sesiones, los encargados de la residencia donde celebrábamos el evento no tuvieron más remedio que indicarnos que debíamos poner punto final a la discusión porque la cocina iba a ser cerrada; al día siguiente, después de terminadas las sesiones y de tomar un tentempié, un pequeño grupo de colegas tuvimos que quedarnos con él preparando, hasta cerca de las dos de la madrugada, unas conclusiones del Seminario que, supuestamente, debían discutirse a primera hora de la mañana siguiente; como era previsible, tras los maratones de trabajo precedentes, prácticamente nadie se presentó a la temprana hora establecida de ese sábado para tal menester; en cambio, esa misma mañana todos disfrutamos de una excursión pedestre al pintoresco pueblo de Guijo de Santa Bárbara a través de los montes de La Vera.

Santiago Zapata ha sido un docente muy brillante. Parte de su éxito en esta labor obedecía al notable esfuerzo que siempre dedicó a la preparación de las clases, pero eso no era todo. Santiago *llenaba* enseguida las aulas y conseguía fijar la atención de los estudiantes mediante su poderosa voz, su extraordinaria capacidad didáctica y de comunicación, su sugerente acento extremeño y su humanidad. Los primeros días de los cursos muchos de sus alumnos salían algo asustados del aula: quedaban intimidados por la fuerza arrolladora de su profesor de Historia Económica y por la dura *travesía del desierto* que éste, aparentemente, les exigía para la obtención del aprobado. Luego, la realidad era bastante distinta: Santiago solía brindar a sus estudiantes, aparte de los exámenes reglados oficialmente, otras oportunidades (*pescas*, *repescas* y, a veces, *tripescas*) para la superación de la materia que impartía. En ese terreno, como en muchos otros, Santiago era mucho más indulgente con los demás que consigo mismo. Tras su fallecimiento, he recibido correos de varios viejos alumnos suyos contándome lo mucho que disfrutaron y aprendieron en sus clases.

Domingo Gallego y Santiago Zapata fueron los creadores y, durante bastante tiempo, los promotores fundamentales de los Encuentros de Didáctica de la Historia Económica. El primero de ellos se celebró en Zaragoza en mayo de 1991 y el más reciente en Toledo en junio de 2010. Esas reuniones han sido primordiales para la puesta en común de numerosas experiencias docentes, para los primeros pasos y el desarrollo de las clases prácticas, para la reforma de los programas de las distintas materias de Historia Económica (especialmente cuando éstas pasaron de anuales a cuatrimestrales) y para disponer de un cuadro informativo más completo a la hora de redactar los nuevos planes de estudios. Vale la pena subrayar que esos Encuentros, cuya importancia nadie cuestiona en la actualidad, los pusieron en marcha Domingo y Santiago con muy poco apoyo institucional y bajo la mirada indiferente o escéptica de no pocos sectores de la profesión. En 2009, la Asociación Española de

Historia Económica otorgó el I Premio Docencia a Santiago Zapata, decisión, a mi juicio, muy acertada: primero, era de justicia reconocer la valiosa labor desarrollada por quienes habían puesto en marcha los Encuentros de Didáctica de la Historia Económica; y, segundo, la creación de ese premio entrañaba la definitiva incorporación de la docencia al cuadro de prioridades de la AEHE.

En el terreno de la investigación, las contribuciones de Santiago han sido importantes en cuatro campos: las estadísticas agrarias de la España contemporánea, la historia económica forestal contemporánea, la industria extremeña en los siglos XIX y XX y el sector corchero en el siglo XX. Su obra es muy sólida y amplia (un libro, cinco libros del Grupo de Estudios de Historia Rural, dos libros editados y un libro coeditado; veintitrés capítulos de libro, algunos de ellos en colaboración; y catorce artículos, varios en colaboración). Su decisiva intervención en el surgimiento, el desarrollo y la longevidad del Grupo de Estudios de Historia Rural (GEHR), en una época en la que el predominio del trabajo individual era aplastante y en la que el trabajo en equipo a menudo se contemplaba con cierta desconfianza, ha constituido una de sus aportaciones más sobresalientes. Santiago elaboró su tesis en el seno del GEHR y, además, desarrolló la mayor parte de su actividad investigadora trabajando en equipo. En los últimos años de su vida concentró buena parte de sus esfuerzos en el sector corchero, convirtiéndose en uno de los máximos expertos mundiales en esta materia.

Santiago Zapata participó de manera intensa en la gestión universitaria y en varias instituciones académicas: fue fundador y directivo del Seminario de Historia Agraria (posteriormente transformado en la Sociedad Española de Historia Agraria), miembro del consejo directivo, durante 12 años, de la AEHE, director, en dos ocasiones, del departamento de Economía Aplicada y Organización de Empresas, de notable tamaño, de la Universidad de Extremadura, miembro del consejo de redacción de Investigaciones de Historia Económica y miembro de diversas comisiones que estudiaron la implantación del llamado "Plan Bolonia". En la AEHE, su tesón y audacia hicieron posible un cambio estatutario relevante, la limitación del número máximo de mandatos consecutivos de todos los cargos directivos, que ha favorecido el desarrollo de dicha institución y el logro en su seno de un equilibrio intergeneracional más satisfactorio. Entrega, independencia de criterio y ningún ánimo de protagonismo personal han caracterizado sus actuaciones en todos los órganos de decisión y de deliberación en los que ha participado.

Su prejubilación, nada más cumplir los sesenta años, sorprendió a algunos, pero esa decisión era coherente con su forma de pensar y con la acumulación de desengaños: a Santiago Zapata le dolía cada vez más la mirada indiferente de los gobiernos y la sociedad española hacia la Universidad; el modo chapucero de implantación, en casi todas partes, del llamado "Plan Bolonia" le reafirmó en su convencimiento de que los graves problemas de la enseñanza superior en nuestro

país no tenían remedio, al menos en bastantes años. Su decisión de alejarse de las aulas obedecía, además, a otra finalidad que nada tenía que ver con el reposo: pretendía, y así lo hizo, como su CV testimonia, intensificar su labor investigadora para compensar a la sociedad por no haber podido hasta entonces, por sus muchas labores docentes y de gestión, contribuir en ese ámbito en la medida que él, con su siempre exigente vara de medir para sí mismo, consideraba que debería haberlo hecho.

En suma, Santiago Zapata ha sido una persona muy singular, que concitó el cariño y la admiración de todos los que tuvimos la oportunidad de tratarle y que “llenaba” las aulas y, también, “llenaba” las reuniones de departamento, los seminarios, las mesas académicas, las comidas o cenas de amigos y, por supuesto, su hogar familiar. Por ello, quisiera acabar mostrando mi solidaridad, creo que la de toda la profesión, con Ana y María, sus hijas, y con Marisa Hidalgo, su mujer, quien supo en muchas ocasiones encauzar adecuadamente a una persona que tenía mucho genio y a la que le irritaban sobremanera algunos comportamientos de los demás que él consideraba inaceptables. Santiago, tus familiares y una legión de compañeros y amigos te vamos a echar mucho de menos.